

ginacion y en el hombre frio y limitado, así ahora veia su ser, su historia, su condicion presente y futura bajo un nuevo aspecto, que nadie podia compartir con ella. Pero su pensamiento dominante y soberano era el de Aquel que habia dado ejemplo de toda esa admirable filosofia en sí mismo.

CAPITULO XXIX.

Habia, sin embargo, personas á quienes Calista podia comprender y que podian tambien comprenderla á su vez. Habia personas que, mientras Ariston, Cornelio, Jucundo y Polemon daban pasos en favor de la jóven, se interesaban igualmente por ella, y de un modo mas eficaz. Agelio se habia reunido con Cecilio, noticiándole, como tambien á sus compañeros (si no lo sabian por otro conducto), la prision de Calista. La mañana que Agelio fué puesto en libertad por su hermano, tan inopinadamente, y se encontró á la puerta de la calle con su túnica bajo el brazo y sus botas en el suelo, pensó ante todo en recordar

dónde estaba y en disponer de aquellos artículos de vestir conforme á sus destinos respectivos. Luego pensó naturalmente en lo que haria de su persona. No le era posible permanecer allí mas tiempo sin que le encontrasen los habitantes madrugadores de Sicca, pues ya las puertas empezaban á abrirse. Tratar de descubrir dónde estaba Calista, y despues verla ó libertarla, hubiera sido contribuir él mismo á su captura. Dirigirse á su heredad, equivaldria á correr un peligro casi tan grande y mas inútil. Ademas, Cecilio habia dicho que no estarian largo tiempo separados, indicándole al mismo tiempo el medio de reunirse con él.

Encaminose, pues, sin demora á uno de los puestos orientales que conducia á Thibursicumbur. A la verdad, no habia tiempo que perder, como se convenció pronto; pues encontró muchas personas que le conocian de vista, y uno de los *apparitores* de los duunviros, que por fortuna no reparó en él. Un cristiano apóstata, cuyo celo en pro del gobierno era notorio, pasó junto á él, y volvió la cabeza para mirarle. Sin embargo, Agelio pensó que no tardaria en

hallarse fuera de alcance, si conservaba la ventaja sobre él hasta que el sol dorase las montañas, en cuya busca iba. Adelantose al través de una série de colinas peñascosas y estériles, hasta que llegó á un camino situado mas allá de la segunda piedra miliaria. Antes de llegar á la tercera se entró en un desfiladero de montañas. Rocas perpendiculares se elevaban á sus lados, y el camino á nivel que separaba una roca de otra, no tenía arriba de treinta piés de ancho. No quedó duda á Agelio de que si le perseguían hasta allí, no habria para él escapatoria. Una vez atravesada la tercera miliaria, contó mil pasos, como Cecilio le habia advertido. A este tiempo el camino habia dejado el fondo pedregoso, y subia por el lado del precipicio, cubierto de malezas y pinos enanos, mezclados con algunos olivos y algarrobos. Recitó sus siete Padre nuestros, y miró en derredor. Acababa de pasar cerca de un cabrero, y se miraron ambos atentamente. Agelio le dió los buenos dias.

—¿Deseas un cabrito para Baco? le dijo el cabrero, viendo que Agelio recorra con la vista el rebaño.

Y al oír la respuesta negativa del joven, añadió con tono grosero:

—El que no sacrifica á Baco, no sacrifica cabras.

Agelio, acordándose de las indicaciones de Cecilio, vió naturalmente que habia algun sentido oculto en aquellas palabras, y respondió con indiferencia:

—El que no sacrifica cabras, no sacrifica á Baco.

—Es verdad, dijo el pastor; pero quizá prefieras un cordero para el sacrificio.

—Sí, con tal que sea el verdadero, replicó Agelio; pero el cordero á que aludo fué inmolado hace mucho tiempo.

Aquel hombre, sin cambiar de manera, le dijo entonces que un poco mas adelante sobre la roca encontraria á un conocido suyo que le satisfaria quizá en el particular.

—Sigue, continuó, esos olivos silvestres, aunque parezca interrumpido el sendero, y te reunirás con él en el décimo nono.

Agelio siguió, y nunca habia visto una senda de mas engañoso aspecto. Parecia deber terminarse á cada vuelta

en una escarpada roca; pero no sucedió así mientras se mantuvo al borde de los olivós. Despues de bajar lo que era mas bien una especie de escalera con gradas de mármol, lavadas y pulimentadas por los torrentes del invierno, que una série de peñascos, habia completado el número de árboles, y vió ante sí á un hombre sentado bajo el último. ¡Qué alegría! ¡Qué sorpresa! Era Aspar, su amado criado.

—Conque estás salvo, Aspar, dijo, y te encuentro aquí! ¡Oh! ¡Cuánta es la bondad de la Providencia!

—Desde mi llegada, repuso Aspar, he venido á situarme aquí todos los dias, con la esperanza de verte. No pudiendo volver á tu lado desde la casa de Jucundo aquella terrible mañana, me dirigí hácia aquí. Tu tío envió delante de mí á buscarte, pero entonces no sabia lo que aquello significaba. Logré ponerme en salvo.

—Y Cecilio, ¿dónde está? preguntó Agelio.

Por detrás del olivo descendia el lecho de un torrente, siendo el descenso tan cómodo, y sin embargo tan natural, que aunque el arte habia ayudado evi-

dentemente á la naturaleza, no parecia obra de arte. Despues de seguir algun tiempo en aquella direccion, llegaron á una hondonada en el lado opuesto, y pasando mas allá, Agelio se encontró con sorpresa en una colina árida y descubierta, á la cual servia la alta montaña meramente como de fachada. La mitad de su superficie era pedregosa, y la otra mitad estaba llena de pantanos, y toda ella rodeada de precipicios; sitio semejante al que hubiera escogido un ermitaño de la edad media para su retiro. Atravesáronla ambos rápidamente, y se vieron al fin junto á una abertura baja, pero ancha, que se ramificaba en muchos pasadizos, á los que no se hubiera hallado salida, por poco que se hubiese uno aventurado en medio de ellos. No obstante, Aspar se adelantó directamente hácia lo que parecia una pared de roca, en la cual, á una señal suya, una puerta hábilmente disimulada se abrió desde adentro, y fué cerrada de nuevo tras ellos por el portero. Entraron entonces en una galería que iba á perderse en la montaña, y era muy larga, circulando además por ella una corriente de aire frio. Aspar

dijo á Agelio que al extremo de aquella galería encontrarían á Cecilio.

Agelio estaba en efecto en el vestíbulo de una de esas curiosas grutas que habían servido para usos religiosos, primeramente á los aborígenes del país, luego á los colonos fenicios, y que en los últimos siglos fueron el retiro de los cristianos. El sitio por donde caminaban podía llevar mas bien el nombre de caverna; pero era solo uno de los muchos subterráneos naturales, de diferentes formas, que se comunicaban entre sí. Algunos de ellos tenían la entrada frente de un barranco, del cual recibían luz y aire, y á un lado se veían indicios de fortificación. Estaban perfectamente secos, aunque, en época lejana, el agua se había filtrado al través de la bóveda y formado pechinas y pilares de estaláctica semi-transparente de gran belleza. Esta disposición presentaba otra ventaja singular: un sitio determinado en una de las cavernas que tocaban al barranco, era el foco de un inmenso oído ó galería sonora, desde donde podía distintamente percibirse cuanto pasaba en el camino público, á donde iba á morir el barranco, y de este

modo era fácil á los que allí se ocultaban estar siempre en guardia contra el ataque de un enemigo, suponiendo los amenazase alguno. Si Agelio ó Aspar hubiesen sido personas curiosas en materia de antigüedad, el último habría podido mostrar el sitio donde se descubrió en un tiempo un altar Púnico, con una especie de *tumulus* de huesos de ratones; pues este animal era del número de aquellos que los fenicios ofrecían en sus sacrificios.

Pero los dos cristianos iban ocupados, al atravesar la galería, en pensamientos del todo ajenos á cuestiones históricas sobre el lugar de refugio en que se encontraban. Hemos señalado ya la posición de Sicca como muy propia para servir de centro á la obra del misionero y de retiro en la persecución. Semejante habitación en las rocas aumentaba sus ventajas, y de ella se habían aprovechado muchos cristianos en aquellos momentos. Hay un refrán inglés que dice, que tres mudanzas equivalen á un incendio; y los peligros y fatigas de la fuga eran tan grandes á la sazón, que, bajo un punto de vista meramente terreno, había la cuestión de

si el riesgo de ser preso en su casa no era mal mucho menor que los que no podian evitarse dejándola. No existia, pues, nada de mezquino en la disciplina eclesiástica, que ordenaba huyesen de la persecucion tan solo aquellas personas que debian ser llevadas al suplicio, en caso de quedarse. Los legos, las familias particulares y los eclesiásticos de cuyo ministerio dependian, no emprendian la fuga; pero los obispos, los diáconos, y todos los que merecen llamarse el Estado mayor del episcopado, los notarios, los mensajeros, los seminaristas y los ascéticos, desaparecian del teatro de la persecucion.

Agelio supo de su esclavo que aquella caverna le era conocida desde su infancia, y que su situacion era uno de esos secretos que guardaban religiosamente los que lo sabian. Decíase que algunos santos personajes habian tenido, hacia muchos años, presentimientos de la actual prueba; y los gefes de la Iglesia estaban persuadidos de que, aunque el huracán se calmase por un corto tiempo, estallaria de nuevo á intervalos durante muchos años, y acabaria por una persecucion tan terrible y tan larga, que

se creeria llegada la época del Antecristo. Creian, no obstante, que vendria entonces un milenario, ó, en cierto modo, un reinado de santos en la tierra. Sin embargo, sucederia esto en fecha aun tan lejana que, ni aun Agelio, á pesar de su juventud, la alcanzaria probablemente; y en efecto, ¿quién habia de figurarse salir bien librado, quién no esperaria ganar la corona del martirio antes, en la série de ataques que aguardaban al culto cristiano? Aspar decia, ademas, que algunos mártires reposaban en las capillas de lo interior, y que muchos confesores habian terminado allí sus dias.

En los presentes momentos, habia allí representantes de un gran número de iglesias del Proconsulado. Todas las semanas iban mensajeros de la caverna á Cartago, formando así una especie de correo; y su amigo y padre, el obispo de esta última ciudad, se ocupaba especialmente en la correspondencia.

Supo tambien Agelio que tenian en el pais muchos partidarios, personas que los querian bien y que simpatizaban con ellos, sin excitar las sospechas de nadie; tales eran las familias que con-

taban parientes dóciles al culto establecido, y á veces hasta los apóstatas, sucediendo esto en Sicca, lo mismo que en otros puntos. En cuanto á Aspar, aunque viejo é ignorante, la persecucion le habia educado. Le habia puesto en contacto con grandes hombres, algunos de los cuales estaba seguro de que serian mártires si se presentaba la ocasion. Habia aprendido concernientes á la religion muchas cosas que no conocia antes, empapándose en el espíritu del cristianismo con una abundancia que esperaba contribuiria á su salvacion. Ahora tenia tambien conocimiento de la extension de la Iglesia, del número de sus fieles, de su dispersion, de las promesas que se le habian hecho, de la necesidad esencial de lo que parecia ser desgracia, del régimen episcopal, de la fuerza y solidez de la silla de San Pedro en Roma; conocimiento que le habia convertido en otro hombre. Hemos puesto todo esto en mejor lenguaje que el que usó el buen viejo, y le hemos dado mayor exactitud, pero sin hacer mas que interpretar su idea.

Descendiendo á materias sublunares, Aspar dijo que la caverna estaba bien

abastecida; tenían pan, aceite, higos, pasas y vino; y tenían tambien vasos y ornamentos para el Santo Sacrificio. Su necesidad mas imperiosa era el agua, que les faltaba en aquella estacion; pero esperaban que la Providencia los ayudaria con un milagro, si no de otra manera. Tambien en aquel retiro reinaba durante el invierno un frio intenso.

A este tiempo habian llegado al estremo de la larga galería, y atravesado un segundo cuarto, cuando de repente el sonido del canto eclesiástico hirió los oídos del jóven. ¡Cuán extraño y encantador fué para él! Aunque cristiano desde niño, era como si hubiese entrado por la primera vez en casa de su padre; y ahora que estaba en ella esperaba no dejarla nunca. No sabia ni qué conducta observar, ni á dónde ir. Aspar le condujo á los bancos destinados á los fieles; y arrodillándose entonces prorumpió en lágrimas.

Era la hora de tercia, hora en que el Paraçleto descendió sobre los Apóstoles, y que, cuando pasaron los tiempos de la persecucion, quedó fijada en Occidente para la solemne misa del dia. Es cierto que, en aquellos primeros si-

glos, la hora de la solemnidad era por lo general á media noche, á fin de no ser observados; pero aun entonces no se la consideraba sino como un arreglo provisional. Se dice que el Papa Telésforo prescribió la hora puesta luego en uso, desde el siglo segundo en que vivió; además de que no habia razon para no elegirla, tratándose de un punto tan tranquilo y seguro como la caverna en que ahora nos encontramos. Al extremo de la capilla una verja se estendia en casi toda la anchura de la caverna, y, formando á cada lado ángulos rectos, se dirigia hácia el altar. Este recinto era para colocarse los fieles, y en él fué introducido Agelio; unas cincuenta personas estaban reunidas ya allí. En donde concluian las rejas laterales que torcian hácia la capilla, habia un ancho espacio, y á cada uno de sus lados un pupitre. Sucedia despues otra elevacion, que iba á morir en la extremidad superior.

Allí, en medio de la pared, se veia un hueco ocupado por una tumba, cuya superficie tenia escrito el nombre de algun glorioso campeón de la fé que en ella descansaba. Era uno de los prime-

ros obispos de Sicca, y la inscripcion prueba que habia dormido en el Señor bajo el reinado del emperador Antonino. Sobre estas sagradas reliquias habia una mesa de mármol, y en ella debian celebrarse los Divinos Misterios. Detrás se notaba una pintura en la pared, muy parecida á la que hemos visto en la capilla de Agelio. Representaba á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios ejerciendo su ministerio de abogada de los pecadores, junto al sacrificio, como estuvo un dia junto á la cruz, ofreciendo y aplicando los infinitos méritos é infalible virtud de aquel sacrificio, en union del sacerdote y el pueblo. El principio del ornato, para servirnos de este término, es tan inherente al espíritu cristiano; que, aun en épocas de padecimientos y en lugares de destierro, lo vemos puesto en práctica. No solo estaba adornado con un arabesco el arco de la bóveda que se estendia por encima del altar, sino que tambien el techo ó la misma bóveda estaba cubierta de pinturas. En el centro nuestro Señor, con dos figuras de Moisés á los lados; la del lado derecho en el acto de quitarse las sandalias; la del izquierdo

hiriendo con su vara la roca. Entre el cuadro del medio y el altar se veía la resurrección de Lázaro; en la parte opuesta la cura del paralítico; y en los cuatro ángulos hombres y mujeres alternativamente en actitud de orar.

Cubría el altar un rico paño de seda carmesí, en el cual estaban bordadas en oro las figuras de San Pedro y San Pablo; era regalo de una piadosa señora de Cartago. Encima del altar, pero sin tocarlo, había una cruz; y á un lado una especie de estanque ó *piscina*, cerca del cual pendía un lienzo. No había cirios en el mismo altar, sino luces de cera en sustentáculos de plata, fijados por intervalos en la barandilla del presbiterio ó elevación.

La misa que iba á celebrarse era para los confesores de la fé, presos entonces en Cartago; y unos minutos despues de la entrada de Agelio aparecieron los ministros sagrados. Sus vestidos se diferenciaban ya algo de los que se traían ordinariamente, é indicaban la antigüedad; y aunque no tuviesen una forma especial, como sucede hoy, eran sin embargo tales, que no se usaban parecidos en ninguna otra ocasión, reservándose-

les únicamente para el servicio divino. El cuello del sacerdote estaba desnudo, pues no se hacía aun uso del amito; en lugar de la estola había lo que se llamaba el *orarium*, especie de pañuelo fijado en los hombros y cayendo á cada lado. La alba había sido el vestido interior ó *camisium*, que en el uso civil se retenía por la noche despues de quitarse la demás ropa, y entonces, como ahora, estaba sujeta á la cintura por un ceñidor ó cuerda. El manípulo era una servilleta, en vez de un pañuelo; y la casulla era una ancha *panula*, como la que llevaban los jueces, una capa que envolvía todo el cuerpo, redonda cuando se la desplegaba, con una abertura en el centro para pasar la cabeza. La dalmática del diácono era mucho más larga que al presente, y la túnica del subdiácono se parecía al alba. Todos los vestidos eran del color blanco más puro.

La misa empezó por la bendición del obispo; despues el lector, hombre de edad respetable, tomando el pergamino llamado *Lectionarium* y subiendo á un púlpito, leyó los Profetas al pueblo, poco más ó menos como se practica aun



entre nosotros el Sábado Santo y la víspera de Pentecostés. Terminada esta lectura, el pueblo cantó el primer versículo del *Gloria Patri*, y en seguida el clero alternó con el pueblo el *Kirie*, del mismo modo que se hace hoy.

Luego se trajo al lector un nuevo pergamino, llamado entonces ó mas adelante *Apostolus*, y en el que leyó una de las epístolas canónicas. Siguió á esto un salmo cantado por el pueblo; y á continuación el lector recibió el *Evangelium*, y leyó parte del Evangelio, teniéndose entre tanto cirios encendidos y permaneciendo el pueblo de pié. Cuando acabó el lector desarrolló el pergamino, y dando la vuelta, lo presentó, primero al obispo y despues al clero y al pueblo para que lo besasen.

Entonces el diácono exclamó: *Ite in pace, catechumeni*: Id en paz, catecúmenos; á lo que sucedió el ósculo de paz, y el pueblo empezó á cantar algunos salmos ó himnos. Mientras estaban así ocupados, el diácono recibió del acólito el *syndon* ó corporal, que era de la extension del altar, y quizá mas ancho, y lo desplegó sobre la mesa sagrada. En seguida se colocaron sobre el *syndon* las

*oblata*, es decir, los panecillos, conforme al número de los que comulgaban, con la patena, que era ancha, y un cáliz de oro, debidamente preparado. Entonces el *syndon* ó corporal fué vuelto sobre ellos, para cubrirlos, como haria un pálio.

Adelantose luego el celebrante, y situado en lo mas lejos del altar, donde hoy se colocan los cirios, mirando al pueblo, empezó el Santo Sacrificio. Primeramente incensó las *oblata*, es decir, el pan y el cáliz, en reconocimiento del soberano dominio de Dios, y como señal de la oracion que se elevaba hácia El. Seguidamente se le trajo el pergamino que contenia las oraciones, y entretanto el diácono comenzó por lo que se llama á veces oracion comendataria, y que es una lista de diferentes asuntos por los que se debia pedir, segun la fórmula de las oraciones: *Oremus dilectissimi*, que en el dia se recitan en los oficios del Viérnes Santo. Esta lista comprendia todas las clases de la sociedad, la conversion del mundo, la exaltacion de la Santa Iglesia, el sostenimiento del Imperio Romano, la debida madurez y recoleccion de los frutos de

la tierra, y otras bendiciones espirituales y temporales; asuntos en estrecha relacion con los que hoy se llaman las intenciones del Papa. El rezo te minó por una recomendacion especial á los presentes, de que perseverasen en el Señor hasta el fin. Entonces el sacerdote principió el *Sursum corda*, y dijo el *Sanctus*.

El cánon ó *Acteo* parece, con diferencia de unas cuantas palabras, haber sido entonces lo que es ahora; y la fórmula solemne de la consagración fué dicha en secreto. Se atribuía sobre todo mucha importancia á la Oración Dominical, con que concluía en cierto modo la ceremonia. Todos los presentes la recitaban en alta voz, y al pronunciar las palabras: *Perdónanos nuestras deudas*, se daban golpes en el pecho.

No debe sorprender que Agelio, asistiendo casi por la primera vez á esta admirable solemnidad, prestase una atención especial á cada cosa á medida que ocurría, y debe considerárenos como ecos de sus impresiones.

No necesitamos estendernos en pintar la alegría de la entrevista de Cecilio y su joven penitente.

—¡Oh, padre mio! exclamó Agelio, vengo á tí para no dejarte nunca, para ser tu servidor respetuoso, y para que me formes segun el modelo de Aquel que te ha hecho lo que eres. Han sucedido cosas increíbles: Calista está presa por acusacion de cristianismo; yo me encontraba tambien en una especie de cárcel, ú otro sitio peor aún para mi alma; y mi hermano Juba, del modo mas extraño, me ha sacado de mi encierro esta mañana. ¿No se salvará ella, padre mio, segun los designios de Dios, lo mismo que yo? A lo menos podemos todos rogar por ella; pero seguramente podemos hacer mas.

—Un alma tan preciosa no debe quedar entregada á sí misma y al mundo. Si sufre las pruebas, está en el caso de reclamar la bendicion de un cristiano. ¿Ha de dejársela volver á caer en el paganismo? ¿Debe ¡ay! padecer sin haber sido bautizada? ¿No arrostraremos la muerte para proporcionarle esta gracia?